

**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DEL
OESTE**

TOMO III

La revista norteamericana «The Saturday Evenin Post» ha realizado la presente selección escogiendo los mejores relatos del Oeste publicados en sus páginas durante los últimos sesenta años. Las dieciséis narraciones que contiene este volumen presentan sin duda, un estilo cuidado, y resultan de lectura fácil y amena. Lo que puedan tener en ocasiones de ingenuo, queda compensado por el colorido del ambiente y la gran fuerza de atracción que tiene todo tema de acción presentado con soltura. El asunto, la trama del episodio, que en ocasiones se repite, ya lo conocemos: la inevitable caravana que se adentra por tierra peligrosa, el no menos inevitable «saloon», el linchamiento injusto, las galopadas, las flechas que silban, los tiros, los puñetazos... y casi siempre girando todo ello alrededor del eterno tema sentimental. Tenemos narraciones —reducidas cada una a un solo episodio— con enorme poder de sugestión. Entre los autores seleccionados figuran Mark Twain y Jack London.

Índice de contenido

Una ingenua de las sierras. — Bret Harte

La historia del californiano. — Mark Twain

El hotel azul. — Stephen Crane

Una odisea del norte. — Jack London

Pasó por aquí. — Eugene Manlowe Rhodes

La oficina de correos de Wolftail. — Frank B. Linderman

Partida de guerra. — James Warner Bellah

La mujer del viejo Isbell. — H. L. Davis

Carnada para Foothill. — Edwin K. Sloat

Malcriar al muchacho. — Howard Fast

Una cuestión de sangre. — Ernest Haycox

Patrulla de exploradores. — Ernest Haycox

El viento y la nieve del invierno. — Walter van Tilburg Clark

La llama de la frontera. — Dorothy Johnson

El matador. — Steve Freeze

La boda. — Conrad Richter

Notas

UNA INGENUA DE LAS SIERRAS

BRET HARTE

TODOS contuvimos el aliento mientras la diligencia rodaba a través de la semioscuridad de Galloper's Ridge^[1]. El propio vehículo era una sombra apenas visible; sus luces laterales estaban cuidadosamente apagadas, y Yuba Bill había sacado cortésmente de los labios de un pasajero el puro que estaba fumando. Se había rumoreado que la banda de forajidos de Ramón Martínez nos estaba acechando y que después de localizar nuestras luces en el Galloper's nos saldría al paso a campo abierto, en un terreno lleno de matorrales muy propicio para una emboscada. Si conseguíamos cruzar el Galloper's sin ser vistos y pasar el matorral antes de que los bandidos llegasen a él, estábamos salvados. Si nos seguían, se produciría una dura caza, con todas las desventajas a nuestro favor.

El pesado vehículo iba de un lado para otro, brincando, pero Bill mantenía su dominio como si, tal como susurró el encargado del correo, pudiera «sentir y oler» el camino que no podía ver. Sabíamos que a veces rodábamos peligrosamente cerca de los barrancos que de cuando en cuando se abrían a una profundidad de mil pies por debajo de nosotros, pero sabíamos que Bill también estaba enterado de ello. Las medio visibles cabezas de los caballos, mantenidas juntas por las tensas riendas, parecían rascar la oscuridad como una reja de arado sostenida por las rígidas manos de Bill. Incluso el golpeteo de los cascos de los seis caballos se había convertido en un sonido vago, monótono, lejano. Fi-

nalmente cruzamos el risco y nos sumergimos en la oscuridad todavía más negra del matorral. Teníamos la impresión de que no éramos nosotros los que avanzábamos, sino el fantasma de la noche el que salía a nuestro encuentro. Los caballos podían haber sido sumergidos en algún arroyo Leteo; por encima de ellos sólo se erguía el techo de la diligencia y la rígida mole de Yuba Bill. Sin embargo, incluso en aquel terrible momento nuestra velocidad siguió inalterable; era como si Bill no *guiara*, sino que se limitara a conducir, como si la dirección del pesado armatoste corriera a cargo de unas manos que no eran las suyas. Alguien aventuró la desoladora sugerencia de que podíamos «encontrar otra banda»; para sorpresa de todos, Bill no descartó aquella sugerencia; para asombro de todos replicó:

—No sería imposible..., aunque creo que el peligro mayor ha pasado ya...

No eran unas palabras muy alentadoras precisamente, pero nos sentimos aliviados..., ya que Bill había *hablado*. Casi inmediatamente el camino se hizo más ancho y más visible delante de nosotros; los árboles se fueron espaciando hasta que nos encontramos en la amplia llanura, fuera de peligro y al parecer sin que nadie nos persiguiera ni nos hubiera visto.

Sin embargo, en la conversación que se entabló de nuevo al ser encendidas otra vez las lámparas, y entre los comentarios, felicitaciones y parabienes que fueron intercambiados, Yuba Bill mantuvo un insatisfecho e incluso rencoroso silencio. Las alabanzas más generosas a su habilidad y a su valentía no obtuvieron ninguna respuesta.

—Supongo que el viejo se había hecho la ilusión de tomar parte en una buena pelea y ahora está decepcionado —dijo un pasajero.

Pero los que conocían íntimamente a Bill, y sabían que no era hombre amigo de pelear sin ton ni son, estaban más o menos preocupados y no le quitaban la vista de encima. Por espacio de cuatro o cinco minutos siguió conduciendo

en la misma actitud rígida que había mantenido hasta entonces, aunque sus ojos permanecían igualmente vigilantes bajo el ancho sombrero. Luego, relajando su tensa actitud, dio paso a un gesto de impaciencia.

—Está usted preocupado por: algo, ¿verdad, Bill? —inquirió el encargado del correo en tono confidencial.

Bill alzó los ojos con una leve expresión de sorpresa.

—No estoy preocupado por lo que pueda *venir*. Lo que no sé exactamente es lo que ha ocurrido. No he visto ninguna señal de que la banda de Ramón se haya desentendido de esto, y no comprendo por qué no nos ha atacado.

—Creo que la explicación es sencilla —dijo uno de los pasajeros—. Nuestra argucia ha tenido éxito. Esperaban ver nuestras luces en el risco y, al no verlas, no se dieron cuenta de nuestra presencia hasta que habíamos pasado. Ésta es mi opinión.

—No apostaría usted nada en favor de esa opinión, ¿no es cierto? —preguntó Bill cortésmente.

—No, desde luego.

—En Frisco hay un periódico humorístico que paga bien esos chistes, y he visto algunos peores que el que acaba de hacer usted.

—Vamos, Bill —replicó el pasajero, ligeramente molesto por las risitas de sus compañeros—. Entonces ¿por qué ha apagado usted las luces?

—Bueno —dijo Bill con una mueca—, debe de haber sido porque no quería que echasen ustedes a correr ante la primera sombra que *creyeran* haber visto moverse, provocando con ello una alarma general.

La explicación, aunque insatisfactoria, no era del todo improbable y creímos que lo mejor era aceptarla con una carcajada. Sin embargo, Bill volvió a asumir su abstraída expresión.

—¿Quién ha subido en Summit? —le preguntó brusca- mente al encargado del correo.

—Derrick y Simpson, de Cold Spring, y uno de los muchachos del Excelsior —respondió el interpelado.

—Y aquella muchacha de Dow's Fiat con sus bultos. No se olvide de ella —añadió irónicamente el pasajero que había hablado antes.

—¿Alguien de ustedes la conoce? —preguntó Bill, pasando por alto la ironía.

—Sería mejor que se lo preguntara usted al juez Thompson; se mostró muy atento con ella; le buscó un asiento junto a la ventanilla y se preocupó de colocar sus maletas y sus cosas.

—¿Le buscó un asiento junto a la ventanilla? —repitió Bill.

—Sí. La muchacha deseaba contemplar el paisaje y, no tenía miedo de que pudieran disparar.

—Sí —intervino un tercer pasajero—. Y el juez se mostró tan galante, que cuando la muchacha dejó caer su anillo encendió una cerilla y la ayudó a buscarlo hasta que lo encontraron. Y esto sucedió precisamente cuando estábamos cruzando el matorral. Lo vi todo a través de la ventanilla, ya que yo estaba en la parte de afuera con mi rifle preparado para entrar en acción. Y si la banda no nos vio y no la emprendió a tiros con nosotros no fue precisamente por culpa del juez Thompson.

Bill profirió un leve gruñido, pero siguió empuñando las riendas con mano firme y ni siquiera volvió la cabeza hacia el hombre que acababa de hablar.

Ahora nos encontrábamos a cosa de una milla de distancia de la casa de postas donde teníamos que cambiar de caballos. Las luces brillaban en la distancia, y en las colinas que se alzaban al Este una leve claridad anunciaba la proximidad del amanecer. De repente, de un camino que parecía correr paralelo al nuestro surgió un jinete. Todos los ocupantes de la diligencia nos sobresaltamos ligeramente; sólo Yuba Bill conservó la calma.

—¡Hola! —dijo.

El desconocido se colocó a nuestro lado mientras Bill re-frenaba la marcha de los caballos. El recién llegado parecía ser un acarreador de los que se dedican al transporte de mercancías.

—¿No te han asaltado en la Divisoria? —preguntó Bill alegremente.

—No —respondió el mulero con una sonrisa—. No llevo ningún tesoro. Pero les he visto a ustedes cuando cruzaban el Galloper's.

—¿Dice que nos vio? —inquirió Bill en tono de incredulidad—. Llevábamos las luces apagadas...

—Sí, pero vi brillar algo blanco, un pañuelo o un velo de mujer, que colgaba de la ventanilla. Era solamente un puntito blanco en medio de la oscuridad, pero pude verlo perfectamente. ¡Buenas noches!

Se apartó de nosotros y continuó su camino. Tratamos de mirarnos al rostro unos a otros y ver la expresión de Bill en la oscuridad, pero Bill no habló ni se movió hasta que soltó las riendas cuando la diligencia se detuvo ante la casa de postas. Los pasajeros descendieron rápidamente del techo; el encargado del correo iba a seguirles, pero Bill le cogió de la manga de su chaqueta.

—Voy a echarle una mirada a la diligencia y a los pasajeros antes de que nos marchemos.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

—Bien —dijo Bill mientras se quitaba uno de sus enormes guantes—, cuando estábamos cruzando el matorral vi a un hombre, tal como le estoy viendo a usted ahora, que había estado acechando nuestra llegada. Pensé que era un miembro de la banda y que íbamos a ser atacados, pero el hombre retrocedió, hizo una señal y dejó que pasáramos de largo.

—¿Y bien?

—Esto significa que le dieron *paso libre* a la diligencia —dijo Bill.

—¿Está usted seguro? Yo creo que hemos tenido mucha suerte, sencillamente.

Bill se quitó el otro guante con la misma lentitud.

—Hace mucho tiempo que me juego la vida tres veces por semana en esta condenada línea —dijo con fingida humildad— y estoy dispuesto a aceptar y a agradecer la suerte cuando me es propicia. *Pero* —añadió sarcásticamente— cuando un maldito bandido me deja el paso libre y alguien lo atribuye a una providencia especial, *no puedo aceptarlo*. ¡No, señor, no puedo aceptarlo!

II

Los pasajeros oyeron con encontradas emociones la noticia de que el autocrático Bill había ordenado un retraso de un cuarto de hora para repasar los ejes de la diligencia. Algunos estaban ansiosos por desayunar en Sugar Pine, en tanto que otros no parecían disgustados ante la idea de reemprender la marcha a la luz del día, que les garantizaba una mayor seguridad en el camino.

El encargado del correo, conociendo el verdadero motivo del retraso impuesto por Bill, no acertaba a comprender su objeto. Los pasajeros eran todos gente conocida; cualquier idea de complicidad con los bandidos era absurda e imposible, y, suponiendo que entre ellos se encontrara un cómplice de la banda, era más lógico suponer que hubiese tratado de favorecer un asalto en vez de evitarlo. Además, el descubrimiento de tal cómplice —al cual debía su salvación— y su detención hubieran estado en pugna con el californiano sentido de la justicia, y hubieran sido ilegales hasta cierto punto. Parecía evidente que el quijotesco sentido del honor de Bill le estaba llevando demasiado lejos.

La casa de postas consistía en un establo, un cobertizo para los carruajes y un edificio de tres habitaciones. La primera estaba ocupada por unos camastros para los emplea-

dos; la segunda era la cocina; y la tercera —la más amplia de todas— era una especie de comedor y se utilizaba como sala de espera para los pasajeros. En la casa de postas no se hacían paradas largas y por ello no había bar. Pero una misteriosa orden del omnipotente Bill hizo aparecer una damajuana de whisky, con la cual obsequió a los pasajeros. La influencia del licor desató la lengua del galante juez Thompson. Admitió que había encendido una cerilla para ayudar a la muchacha a encontrar su anillo, aunque al final se comprobó que había caído en su regazo. La muchacha era «una joven de aspecto saludable..., un verdadero ejemplar del Oeste; una auténtica flor de la pradera, caballeros..., pero tan sencilla y tan ingenua como un chiquillo». Se dirigía a Marysville, según creía el juez, «aunque ella esperaba encontrar amigos —un amigo, en realidad— más adelante». Era su primera visita a una gran ciudad —en realidad, a cualquier centro civilizado— desde que cruzó las llanuras hacía tres años. Su infantil curiosidad resultaba impresionante, y su ingenuidad irresistible. En realidad, en un territorio cuya tendencia era la de producir «frivolidad y precocidad en las jóvenes, resultaba una persona muy interesante». En aquel momento, por ejemplo, se encontraba en el patio del establo viendo cómo enjaezaban a los caballos, «prefiriendo satisfacer una curiosidad muy saludable a escuchar los vacíos cumplidos de los pasajeros más jóvenes».

La figura a la cual vio Bill satisfaciendo aquella curiosidad parecía justificar, efectivamente, la opinión del juez. Tenía aspecto de una muchacha campesina muy desarrollada, cuyos sinceros ojos grises y franca risa expresaban una absoluta gratitud por el don de la vida y de todo lo que la rodeaba. En aquel momento estaba contemplando el traslado de los equipajes. Cuando uno de sus propios paquetes fue lanzado al techo sin grandes miramientos, Bill aprovechó la oportunidad para decirle al mozo:

—¡Un poco de cuidado, amigo! No está usted manejando piedras... —Y, volviéndose hacia la muchacha, añadió—: ¿Alguna de sus cosas, señorita?

La muchacha asintió sonriendo, y Bill, apartando al mozo a un lado, cogió un enorme baúl y lo levantó. Por exceso de celo, o por otra causa cualquiera, su pie tropezó y Bill cayó pesadamente al suelo, arrastrando en su caída el baúl, que se abrió, dejando ver en su interior una gran cantidad de ropa interior femenina con muchos lazos y adornos, y al parecer de excelente calidad.

La joven lanzó un grito y se precipitó hacia adelante, pero Bill se deshizo en excusas, ató el baúl con una cuerda y declaró su intención de reclamar a la compañía para que le abonaran el importe del baúl. Luego acompañó a la muchacha hasta la puerta de la sala de espera, entró, buscó un lugar para ella junto al fuego, para lo cual se limitó a levantar por el cuello de la chaqueta al más joven de los pasajeros, y, después de haber instalado a la dama, apartó a otro hombre que estaba de pie delante de la chimenea, y colocando sus seis pies de estatura delante de la muchacha, sacó del bolsillo la lista de pasajeros.

—Se llama usted miss Mullins, ¿verdad? —preguntó.

La muchacha levantó la mirada, repentinamente consciente de que ella y su interrogador eran el centro de atención de los demás pasajeros, y, ruborizándose ligeramente, respondió:

—Sí.

—Bien, miss Mullins. Me gustaría hacerle un par de preguntas. Se las formularé directamente delante de todos. Podría hacerlo a solas..., pero no es mi estilo; no soy detective. No sería necesario hacer las preguntas, sino actuar como si conociera las respuestas, o también podría dejar que las preguntas las hicieran otros. No está obligada a contestar si no desea hacerlo. Tiene usted un buen amigo aquí — el juez Thompson—, de modo que no está usted desasistida en esta especie de jurado. Bien, la única pregunta que

voy a hacerle es la siguiente: ¿Hizo usted alguna señal a alguien desde la diligencia cuando pasamos por el Galloper's hace una hora?

Todos pensamos que el valor y la audacia de Bill acababan de alcanzar su punto más alto. Acusar abierta y públicamente a una «dama» delante de un grupo de caballeros californianos, teniendo en cuenta además que la dama en cuestión poseía el atractivo de la juventud, de la belleza y de la inocencia, era un acto francamente desesperado. Se produjo un murmullo de evidente adhesión a la linda forastera, aunque lo inesperado del acto había dejado estupefactos a todos los presentes. El juez Thompson, con una blanda sonrisa de apaciguamiento, empezó a decir:

—Realmente, Bill, me parece que debo protestar en nombre de esta dama...

Pero la linda acusada, alzando los ojos hacia su acusador, para consternación de todos, respondió con la leve pero convincente vacilación de la sinceridad:

—*La hice.*

—¡Ejem! —se apresuró a intervenir el juez—. Sí..., es cierto... Sacó usted el pañuelo por la ventanilla... Pude verlo... casualmente..., pero usted no le dio ningún significado especial.

La muchacha, mirando a su defensor con una extraña mezcla de orgullo y de impaciencia, replicó secamente:

—Hice una señal.

—¿A quién hizo usted la señal? —preguntó Bill.

—Al joven caballero con quien voy a casarme.

Se oyó una exclamación proferida por las gargantas de los pasajeros más jóvenes, reprimida inmediatamente por una furiosa mirada de Bill.

—¿Qué significado tenía aquella señal?

—Indicarle que yo estaba aquí y que no había novedad —contestó la muchacha, que no parecía intimidada en lo más mínimo.

—¿Que no había novedad? —repitió Bill.

—En efecto. Significaba que no me había seguido nadie y que podía reunirse conmigo en el camino que hay detrás de la casa de postas de Cass's Ridge —vaciló unos instantes y luego, con expresión orgullosa, a la cual iba mezclada una buena dosis de juvenil desafío, añadió—: Me he escapado de casa para casarme con él. ¡Y voy a hacerlo! Nadie podrá impedirlo. A mi padre no le gusta mi novio porque es pobre, y a mi padre le gusta el dinero. Mi padre quería casarme con un hombre al cual odio y que me regaló un montón de vestidos y de cosas para deslumbrarme.

—Y usted se las ha llevado en su baúl cuando se ha fugado para casarse con otro, ¿no es cierto? —dijo Bill.

—Sí, ya le he dicho que es pobre —replicó la muchacha en tono de reto.

—Entonces, ¿su padre se llama Mullins? —preguntó Bill.

—No se llama Mullins. Fue... fue el primer nombre que se me ocurrió.

—¿Cómo se llama su padre?

—Eli Hemmings.

Una sonrisa de alivio apareció en los rostros de los oyentes. La fama de Eli o «Skinner»^[2] Hemmings, como hombre mísero y usurero, había traspasado incluso los límites del Galloper's Ridge.

—El paso que va usted a dar, miss Mullins, es de una extraordinaria gravedad, como no necesito decirle —dijo el juez Thompson con cierto aire paternal, en el cual, sin embargo, nos alegramos de descubrir una evidente afectación—. Y espero que usted y su novio lo habrán meditado bien. Lejos de mi ánimo el tratar de inmiscuirme en los problemas amorosos de dos jóvenes, pero... ¿puedo preguntarle si conoce bien al joven caballero por el cual está usted sacrificándose hasta ese punto? Por ejemplo, ¿cuánto tiempo hace que le conoce?

Miss Mullins, que había acogido con cierta prevención el comienzo de ese exordio, sonrió con alivio y dijo rápidamente:

—Hace casi un año.

—Y —dijo el juez con una sonrisa—, ¿en qué se ocupa?
¿Tiene algún negocio?

—¡Oh, sí! Es recolector.

—¿Recolector?

—Sí, recolecta facturas, ya sabe, dinero —contestó la muchacha con infantil avidez—. No para él... Él no tiene nunca dinero, pobre Charley..., sino para su empresa. Es un trabajo muy pesado, ¿sabe? Le tiene ocupado día y noche, por malos caminos y con mal tiempo. A veces, cuando venía al rancho a verme, apenas podía mantenerse en la silla, de cansado que estaba. Y es un trabajo peligroso también. A veces la gente no quiere pagar dé buen grado, y en cierta ocasión le pegaron un tiro en el brazo y tuve que ayudarle. Pero a él no le importa. Es muy valiente..., tan valiente como bueno.

—Y ¿en qué empresa trabaja? —preguntó amablemente el juez.

—No lo sé con exactitud... Charley no me lo ha dicho nunca; pero creo que es una empresa española. Verán —nos incluyó a todos en la inocente sonrisa que acompañó a sus palabras—, lo único que sé lo descubrí a través de una carta que encontré en el bolsillo de Charley, y que le había enviado su empresa, diciéndole que debía ponerse inmediatamente en camino; la firmaba un tal Martínez..., sí, Ramón Martínez.

En el mortal silencio que siguió —un silencio tan profundo que pudimos oír los caballos piafar impacientes en el distante establo—, uno de los muchachos del «Excelsior» estalló en una histérica carcajada, pero la fiera mirada de Yuba Bill cayó sobre él anonadándole. La joven, sin embargo, no se dio cuenta de nada. Con encantadora franqueza continuó diciendo:

—Sí, es un trabajo muy pesado, pero él dice que lo hace todo por mí y que en cuanto estemos casados cambiará de profesión. Podía haberlo dejado antes, pero no quería

aceptar ningún dinero mío, aunque le he dicho mil veces que lo obtendría de mi padre. No es de esa clase de hombres. Mi Charley, aunque pobre, es muy orgulloso. El dinero que mamá me dejó está en el banco y yo podía haberlo sacado —tenía perfecto derecho a hacerlo—, y habérselo entregado a Charley, pero no quiso ni oír hablar de ello. Si supiera la verdad no aceptaría tampoco ninguna de las cosas que llevo. De modo que se ve obligado a cabalgar de un lado para otro, adelgazando cada día más, y siempre preocupado por su negocio, y viéndose obligado a marcharse repentinamente cuando venía a verme, y diciéndome: «Ahora tengo que marcharme, Polly, pero por duro que sea mi trabajo no me olvido nunca de ti...». Y debió cabalgar millas y millas para llegar al matorral al pie del Galloper's y ver si todo iba bien, y yo tenía que hacerle la señal aunque me hubiese costado la vida. Eso es todo lo que sé de Charley... y por eso me he escapado de casa..., y no me importa que se entere todo el mundo. Lo único que siento es no haberlo hecho antes, y lo hubiera hecho... si... si... si él *me lo hubiera pedido*.

La muchacha se interrumpió, jadeando. En su rostro se reflejaron claramente todas las emociones de un corazón juvenil. Y... ¡y entonces empezó a llover!

Creo que este simple hecho completó nuestra absoluta desmoralización. Sonreímos débilmente, mirándonos el uno al otro, con aquella presunción de superioridad masculina, la cual tiene plena consciencia de su desamparo en tales momentos. Miramos a través de la ventana, nos aclaramos la garganta y murmuramos: «¿Eh?», y «¿Qué?», y «Yo diría...», y quedamos grandemente aliviados, aunque aparentemente sorprendidos, cuando Yuba Bill, que había vuelto la espalda a la muchacha y estaba removiendo los troncos del hogar con el pie, se dirigió súbitamente hacia el exterior, indicándonos con una seña que le siguiéramos y dejando a miss Mullins sola. Luego habló aparte con el juez Thompson durante unos instantes; a continuación, acercán-